

El abrazo del Oro

En la estancia, anchurosa y destartada, de la destartada y holgada casona, la voz suplicante y preñada de lágrimas del humilde bracero, sonaba como una extraña letanía del humano dolor. Y era en la oscuridad de la sala como ferviente súplica de extraviado caminante perdido en la serrana fosquedad de unos breñales. Hueca la sala y hueco y fosco el corazón del hombre que, tras la mesa de torneadas patas y bruñidos herrajes, escuchaba la tragedia humilde y dolorosa sin que su alma se apiadase del intenso sufrir de aquel desgraciado, que en esfuerzo vano imploraba su piedad.

—¡Y después de to, pa que le suplicaré tanto si se que es en balde, porque usted no tie entrañas, ni quiere a naid más que al dinero!— exclamó en viril arranque el campesino, caísallo ya de la súplica inútil.

—Me parece muy bien que hayas dejado el tono plañidero y hables como los hombres, porque así nos entenderemos mejor. Ya lo sabes, Andrés: necesito el dinero que te presté, porque ese dinero es mío; te dí sesenta duros, habrás de traerme ciento que fué lo convenido. Si mañana no acudes con los cuartos, tu casa será mía. Y te repito, que a mí me tiene sin cuidado que tu mujer lleve tres meses en la cama y que tus hijos se queden sin comer un día sí y otro también, como tampoco me importa que se te haya perdido la cosecha, ni que tú estés sin trabajo. Lo que me importa a mí es que me pagues lo que me debes, porque todas esas monsergas que ahora traes para excusarte de pagar, las debiste tener en cuenta cuando me pediste las pesetas; que a todos os pasa igual: muchas promesas al pedir y muchas excusas al cumplir. Y ya está dicho ¡ea! Y si no tienes na la nuevo que añadir, puedes marcharte, porque aún tengo bastante que hacer,—profirió en agrio tono el señor que tras la mesa se asentaba.

El trabajador avanzó amenazante hacia aquel hombre que así escarnecía su dolor.

—¡Si no mirara el perderme, ahora mismo lo ahogaba entre mis manos como a un perro!—exclamó asaeteándolo con sus ojos, mansos y humildes de ordinario, ahora fieros y con reflejos homicidas.

Al verle en tal actitud el usurero, acostumbrado ya a escenas tales, extrajo de un cajón de la mesa un magnífico revólver americano y con el encañonó al pelantrín al tiempo que le decía:

—¡O te vas ahora mismo a la calle o te levanto la tapa de los sesos! ¡Canalla!, más que canalla, que así pagais todos los de tu ralea los favores que recibís! ¡Sal inmediatamente o no respondo de mí!